



CURIOSA RELACION, EN QUE SE REFIEREN
los amores del CAPITAN DON CARLOS, y por-
tentosos lances que sucedieron á su esposa
DOÑA JUANA MERINO.

Quien de Cupido se fia,
y en él pone su esperanza,
vive ciego en este mundo,
y como niño le engaña.
Por él se ven mil desdichas,
fatalidades, desgracias,
muertes, ruidos y afrentas,
y sus almas arriesgadas
á padecer graves penas,
sepultadas en las llamas.
No tengo mas que decir:
esta insinuacion ya basta
para persuadir al vulgo
lo que del amor se saca.
En prueba de ello, pretendo,
si me dan atencion grata,
referir á mi auditorio
una maravilla rara
en la prodigiosa historia
de dos que finos se amaban.
Pido su ausilio y amparo



á la Trinidad sagrada,
Padre, Hijo, y Amor divino,
para que con su eficacia
despierte mi entendimiento,
y pueda en breves palabras
explicar á los que me oyen
esta prodigiosa hazaña,
que en anales no se ha visto,
ni en los archivos se halla.
Fue el caso, que á una Señora
de sangre calificada,
natural de Zaragoza,
cuyas fértiles campañas
fertiliza el rio Ebro
con sus cristalinas aguas,
la persiguió la fortuna,
que á muchos sigue contraria.
Llegó á esta ciudad gozoso
un Capitan de gran fama,
galan, discreto, y tan noble,
como lo dice su fama.

Con licencia de Felipe,
Monarca augusto de España,
puso su sitio y bandera
en frente de las ventanas
de aquesta noble Señora;
y un Domingo de mañana
por entre rayos de luces
vido una rosa temprana,
retratándose á un espejo,
que al claro cristal empaña
la hermosura de sus ojos,
de su frente y de su cara.
Tiró Cupido una flecha,
y él entre mortales ansias
cortés se quitó el sombrero,
y hasta el suelo se postraba,
diciéndole en mudas señas
lo que no pudo en palabras:
soy muerto, bella Señora,
si tu amor no me rescata
la vida que me has robado,
que en mi noble pecho estaba,
con esas vivas centellas
que de tus ojos exhalas.
Correspondióle al instante
muy discreta y cortesana:
en fé de ser mi marido,
á todo estoy arriesgada;
pero por otro camino
será nula la esperanza.
Don Carlos, viendo su dicha,
luego aceptó la palabra:
prosiguieron sus amores
con villetes y con cartas.
Al cabo de poco tiempo,
de nuestro Real Monarca
vino una orden expresa
para que á Flandes se vaya.
Dióle á su prenda noticia
de lo que le precisaba;
y entre los dos dispusieron
salir ella, y él llevarla.
A diez y nueve de Mayo
puso su gente en campaña,
mandando á sus oficiales
prosiguieran su jornada;
mas volviendo aquella noche,
echó al balcon una escala,

y la dama ya en aviso,
no puso mucha tardanza.
Vino á este tiempo la ronda,
que seguia sus pisadas,
le cercan y reconocen,
y el Señor Virrey le habla
que si despachó su gente
cómo no va en su compañía;
y era preciso dar cuenta
si al instante no marchaba;
y le dió cuatro ministros
para que le acompañaran,
y hasta dexarle en su tercio
que no le desampararan.
Vamos ahora á la niña,
se asomó cuando pasaba
un buen hombre que venia
con una yegua alazana,
y juzgando ser Don Carlos,
con un ceceo le llama,
diciéndole que parase,
y en un cofre le arrojaba
mas de doce mil escudos,
en prendas, joyas, y alhajas.
El creyó ser su fortuna,
con que al punto de allí marchaba;
baxó velóz á la calle,
y no hallándole la dama,
llora, suspira y solloza,
y así lastimosa exclama:
ay desdichada de mí!
quénta ha sido mi desgracia,
que fuí la muger mas fácil
que en todo el mundo se halla.
Supuesto que estoy perdida,
yo he de seguir sus pisadas:
púsose á su rostro un velo,
y á las puertas se llegaba
de una viuda conceida,
y su ropa le entregaba,
pidiéndole que el vestido
de su esposo le entregára.
Vistióse un paño grosero,
alpargatas y polaynas,
con una montera vieja;
y salió desesperada,
diciendo que era soldado:
llegó á la raya de Francia

con otros cuatro mancebos;
pero viendo que les falta
el sustento necesario,
luego de buscarlo tratan.
Llegaron tarde á una venta,
donde les dieron posada,
mas aquella misma noche
matan al amo de casa,
y á la ventera dexaron
en un poste maniatada.
Robaron quanto encontraron,
toman el camino y marchan,
y á la vista de Leon
en una quinta descansan,
y dieron tambien asalto,
robando el oro y la plata.
Una noche de San Pedro,
dentro la corte de Francia
robaron tres mercaderes,
y porque no los buscaran,
los enviaron por la posta
á donde la muerte aguarda.
Se salen para Tolon,
y á dos peregrinas hallan:
quisieron burlarse de ellas,
y ella defendió su causa,
pues á un compañero suyo
de dos fuertes estocadas,
y á otro de un pistoletazo,
les dexó el cuerpo sin alma;
yéndose las peregrinas
rindiéndole muchas gracias.
Luego trató de embarcarse,
porque ya se recelaba:
llegaron las tres á un puerto,
que una nave se aprestaba
para levante, y en ella
su viage concertaba.
En aquella misma noche
ella y sus dos camaradas.
tuvieron un gran convite
de pasteles y empanadas,
brindando muy amenudo,
mas ella no lo gustaba.
Los dos perdieron las fuerzas,
y como el sueño les llama,
se retiraron á un quarto,
y á las dos de la mañana

tiraron pieza de leva,
y á los dos les excusaba
de viage, pues murieron
á los filos de una daga.
Cargó con quanto tenian,
y á favor del viento marcha.
Llegó á dar vista gozosa
al puerto que deseaba,
con nuevecientos doblones,
y mucha moneda en plata.
Paseábase gustosa,
comia y se regalaba:
siempre con los militares
era toda su morada;
y estando sentada un dia,
conoció un cabo de esquadra
del tercio de su querido.
Llegó y travando palabras,
razones, traen razones,
conque conoció la dama,
que no era causa Don Carlos
de todo lo que le pasa.
Correspondió agradecida,
que allí tiene su posada,
que en quanto se le ofreciere,
por él sacará la cara.
Al otro dia siguiente
se compró una rica gala,
un colete de ante fino,
y una rica espada y daga:
se fue con otros amigos
donde está el cuerpo de guardia.
De que el Capitan la vido,
á sus Oficiales manda,
que le llamen aquel mozo,
porque mucho le agradaba.
Preguntó si era español;
y ella cortesana le habla,
que desde su nacimiento
noble español se llamaba.
Con súplicas y dineros
al instante sentó plaza:
en un meson la aloxaron
con su patente firmada;
y estando comiendo juntos,
conoció algunas alhajas,
y el huésped le dixo: amigo,
tambien yo he estado en España,

en Alicante, en Valencia,
en Castilla y en Navarra.
Y una noche en Zaragoza
por cierta calle pasaba
acaballo en una yegua,
quando por una ventana
de secreto me llamaron,
y en un cofre me arrojaban
quanta riqueza poseo,
y tambien compré esta casa.
Disimuló, quanto pudo,
y así que en claro lo saca,
con una daga furiosa
le abrió tres puertas al alma.
A las voces y al ruido
acudió el mozo de casa
para quererla agarrar;
pero de una puñalada
le pagó con el acero
la codicia que llevaba.
Vino toda la justicia,
y rindiendo ella las armas,
la metieron en la cárcel,
y substanciada la causa,
la sentencian á que muera.
Y un martes por la mañana
la sacaron de la cárcel,
con mucha gente en compañía,
y una compañía entera
de Soldados en su guarda.
Y cercana ya al suplicio,
á un Religioso le encarga,
que le llamase á Don Carlos,
Capitan de aquella escuadra.
Vino, y le dixo: Don Carlos,
mal vuestra nobleza paga
todas aquellas finezas
que en Zaragoza apreciaba.
Y él respondió: hermano mio,
mire el puesto en que se halla,
repare que va á morir.
Pues señor, vos sois la causa.
Replicóle: de qué suerte?
Señor, yo lo digo y basta.
No recordais los favores,
las penas, fatigas y ansias
que por mí habeis padecido?
Quién os dió aquesa esmeralda

Con licencia. Valencia: Imprenta de Laborda, en la Bolsería, núm. 18. Año 1822.

que llevais en ese dedo?
Con quién tan dulces palabras,
con quién tan tiernos requiebros,
con quién quedó efectuada
palabra de casamiento?
Aquí está la desdichada
de Doña Juana Merino,
en quien vos idolatrabais.
Siquiera por ser muger,
hoy vuestro auxilio me valga,
que ya conoceis el tronco
de mi noble sangre y casa,
y si no bastan razones,
aquí me teneis postrada.
Vertiendo mares de perlas
sus ojos manifestaba:
arrojóse y abrazóla,
y á la compañía manda,
que pusiesen bala en boca,
y en un convento la entraba,
ofreciendo su cabeza,
por librar aquella dama.
Escribieron á sus padres,
y con testigos aclaran
las razones que mediaron
con el huésped de la casa.
embargaron quanto habia,
prendas, joyas y la casa.
Vino su padre y su tio
para llevarla á su patria;
mas ella firme responde:
que su intento es ser casada
con el Capitan Don Carlos,
pues que tanto le costaba.
Gustoso el señor Obispo
mandó que los desposaran:
y con fiestas y torneos
las bodas se celebraban.
Nuestro Rey que supo esto,
á Don Carlos adelanta
para Maestro de campo
porque le estimó la hazaña.
Escarmienten las mugeres,
reparen en Doña Juana,
que anduvo rodando el mundo,
con su honra acrisolada,
hasta que la dexó en manos
de quien tanto deseaba.

FIN.